

EL CATOLICISMO EN AMERICA LATINA: UN DIAGNOSTICO DISTINTO

Por Gustavo Amigó Jansen, S. J.

Estamos ya tal vez demasiado acostumbrados a recibir la visita y el diagnóstico de afamados especialistas extranjeros, que contemplan las necesidades sociales y religiosas de nuestros países latinoamericanos bajo un prisma tan pesimista como exclusivo. No que desconozcamos nuestras miserias y enfermedades; pero siempre se nos hace difícil admitir los dictámenes absolutistas y aun despreciativos que nos condenan desde el mismo origen. Sin contar con la amargura de que algunos de los nuestros aceptan incondicionalmente tales análisis: condenan a carga cerrada el "colonialismo" español, que durante siglos, aseguran, en lo religioso solamente nos dio el sacramento del bautismo para someternos y el de la extremaunción para enseñarnos a morir.

Por eso nos conforta saber que no todos desde la culta Europa aceptan tales conclusiones.

El jesuita francés Juan Daniélou, perito del Concilio y eminente teólogo, ha hecho algunas agudas observaciones a un libro que muchos consideran como clásico sobre América Latina. Es importante conocerlas.

El sociólogo belga P. Francisco Houtart y el jesuita Emilio Pin, publicaron hace pocos años un libro titulado "La Iglesia en la hora de América Latina" (ed. francesa en Casterman, París; ed. castellana, 1964, en FERES, Friburgo y Bogotá, 'a modo de manuscrito'). No vamos a discutir la competencia estadística de la obra. Pero al leerla nos queda un amargo saber de boca, algo así como un malestar de gustar una verdad frustrada y a medias: las realidades de nuestra vida religiosa no siempre se abordan allí con respeto debido a las almas y el sentido humano y religioso que reclaman.

Pero dejemos la palabra al mismo Daniélou (en el "Bulletin Saint-Jean Baptiste", tomo VII-1, octubre-noviembre 1968).

"Pienso —nos dice— en particular en el capítulo IV, en que se oponen diferentes tipos de motivaciones religiosas designadas por los marbetes de 'cristianismo popular', 'cristianismo cultural', 'religión individual de la salvación eterna', 'religión eclesial de la transformación espiritual'. Es muy evidente que hay una jerarquía entre esas motivaciones, que el cristianismo debe hacerse cada vez más personal. Pero lo inadmisible es la presentación caricaturesca de las primeras motivaciones". (El subrayado es nuestro).

Y sigue Daniélou: "¿Con qué derecho despreciar ese 'cristianismo popular' que consiste en orar a Dios para confiarle sus cuidados humanos? Esto es la expresión misma de la religión, la toma de conciencia de la relación con Dios. Una pobre mujer que pone un cirio en el altar de la Virgen porque su hijo está enfermo realiza un acto de autenticidad religiosa plena. Los caminos para ir a Dios son diversos. Y los

del pueblo cristiano son dignos de un inmenso respeto".

"Lo mismo pasa con lo que nuestros autores llaman el 'cristianismo cultural', es decir, aquél donde la fe está ligada a una fidelidad familiar o nacional. Aquí también esto es la condición misma de la religión de las 'masas' hay muchas clases de masas y no significa en modo alguno que esa religión no sea auténtica, sino que necesita ser sostenida humanamente. Péguy dijo admirablemente que el fin de la evangelización era que la 'raza' misma sea cristiana y que la fe sea hecha humanamente posible a todos".

"Finalmente, si el progreso espiritual debe tender a hacer dominar el amor sobre el temor, el acento puesto en el amor no debe hacer considerar como sospechosa una religión donde el temor del infierno, la gravedad del pecado mortal, el pensamiento de la muerte tienen lugar importante. Porque esas preocupaciones no dependen sólo de un individualismo discutible, sino de un sentido de la santidad de Dios, que es el fundamento mismo de la religión auténtica. Y la experiencia pastoral muestra cuán bien esos motivos pueden ser origen de conversiones sinceras, que otros motivos no habrían suscitado. Yo añadiría que la religión de la eficacia social, por la que los autores tienen una preferencia, es susceptible de las mismas ambigüedades".

Se reprocha a nuestra religión tradicional de motivaciones discutibles. No se quiere ver en ellas sino lo que puede ser condenable, lo que se llama purificaciones deseables. No se quiere ver allí formas auténticas de vida religiosa ligadas a nuestra vida en este mundo; sino sólo formas caducas que es necesario destruir. Para quedarnos —si es posible— con una religión "químicamente pura"; algo, en una palabra, que responda enteramente a la eficacia social y del desarrollo; algo, en una palabra, que puede esperarse de santos y escogidos, pero nunca de las masas. No se busca en tales motivaciones lo que las arraiga en la Verdad de Dios, como es la toma de conciencia de nuestra relación con él, el sentido de la santidad de Dios, que son los fundamentos mismos de la religión auténtica.

Tal es el error de interpretación y de diagnóstico que Daniélou descubre certeramente en ciertas tendencias demasiado fácilmente aceptadas entre nosotros y que vienen de 'expertos' europeos que nos miden conforme a cánones preestablecidos, pero irreales e inhumanos.

Nuestro catolicismo hispanoamericano es verdad que lamentablemente tiene deficiencias y hasta desviaciones; pero no podemos negarle la línea profundamente humana y religiosa que mantiene aun en tales casos. Los remedios, así vista la realidad, no son difíciles de comprender. La pastoral dispone así de una visión más justa y verdadera, que es preciso tener en cuenta al aplicar los procedimientos.